

Tengo el gusto de presentar el número 6 de la *Revista Mexicana de Historia de la Educación*, conformado por artículos y reseñas que son producto de diferentes tradiciones historio- gráficas, objetos y épocas de estudio. En él se da cuenta de la diversidad de posturas teórico- metodológicas que confluyen actualmente en el campo de la historia de la educación, que, sin embargo, tienen en común el cuidadoso manejo de las fuentes primarias de información.

El número abre con un artículo de Fabiana Garcia Munhoz y Diana Gonçalves Vidal, quienes tratan un tema de gran importancia en la historia de la educación: la transmisión familiar de la experiencia docente. Este asunto se ha mencionado con frecuencia como eje de la conformación de la docencia en tanto oficio y profesión, pero no ha sido documentado como se esperaría. En este caso, las autoras parten de la microhistoria y la cultura material, cuestionándose sobre el concepto de familia en aquella época. De esta forma, analizan la importancia de la transmisión familiar de la experiencia docente en la Comarca de São Paulo, Brasil (lo que hoy es el estado de Paraná), durante la primera mitad del siglo XIX, siguiendo, mediante una metodología cuidadosa, la trayectoria de profesores. La influencia de lo doméstico en la conformación del oficio va más allá de la transmisión de saberes, ya que implica la formación de redes y subjetividades que se sostienen a lo largo del tiempo.

El segundo artículo, de Carlos Ortega, parte de un rico análisis historiográfico de la arquitectura escolar, a partir de los primeros reglamentos técnicos que se instauraron para el establecimiento de escuelas primarias y la construcción de las primeras escuelas tipo en la Ciudad de México, en el periodo de 1880 a 1920. Tema recurrente en la historia de la educación europea desde los años ochenta del siglo XX, y más reciente en América Latina, Ortega plantea que los estudios realizados desde la historia de la educación se han sustentado en la cultura material de la escuela y propone unir esta perspectiva con la historia

política de la tecnología. Al hacerlo, el autor analiza el caso citado partiendo no sólo de los postulados de la higiene pedagógica, sino del desarrollo urbano, las políticas administrativas y la traducción de los principios pedagógicos en reglamentaciones y construcciones, donde intervienen diversos intereses políticos y económicos –como los de las mismas compañías constructoras–. Sin duda, esta propuesta expande el análisis de la arquitectura escolar introduciendo elementos que la historia de la educación de las últimas décadas ha dejado de lado: primero, su interacción con procesos sociales y económicos, que no tienen que ver directamente con lo pedagógico; segundo, que todo proceso educativo se define por las tensiones y negociaciones entre distintos actores políticos y sociales y tercero, que es imposible analizar la cultura material de la escuela sin tomar en consideración las mediaciones epistemológicas y tecnológicas que involucra.

En el tercer texto, Roger Pita aborda una cuestión que en las últimas dos décadas ha tenido un desarrollo interesante: ¿quién financia las escuelas? En este caso, el autor muestra cómo en los primeros años de vida independiente de Colombia, el Estado pretendió hacerse presente en todas las regiones por medio de la escuela. Sin embargo, ante la falta de presupuesto y las crisis políticas, los colegios siguieron teniendo como principal promotor a la Iglesia, aunque destacarían también como agentes importantes los poderes locales y la prensa. Este tema es central hoy en día, cuando en muchos países se da vuelta atrás a la tendencia del Estado como principal responsable de la educación de los niños y jóvenes. Los estudios históricos como el de Pita tienen mucho que decir acerca de cómo el financiamiento de las escuelas repercute de manera inmediata y a mediano plazo en las posibilidades de los distintos sectores sociales para acceder a los servicios educativos.

En el cuarto artículo, Antonio Padilla se mueve entre los límites poco precisos de la intervención psicopedagógica como forma de definir y controlar lo anormal, un aspecto que destaca de manera particular al estudiar la asistencia pública y privada, así como la educación correctiva y especial. Desde la historia social y de la familia, Padilla plantea que, pese a los cambios producidos por la Revolución mexicana, existe una continuidad en los proyectos por crear la “normalidad” y controlar la anormalidad que se generaban desde el siglo XIX. Podríamos decir que el autor entonces muestra cómo lo que Elias llamaba el proceso civilizatorio es mucho más amplio que una revolución, por más que ésta haya modificado la historia de México en muchos aspectos. Más allá de la situación específica del México de finales del siglo XIX y principios del XX, los estudios sobre la asistencia pública, la educación correccional y la educación especial reafirman a la pedagogía como disciplina central en los procesos de formación de subjetividades y, por lo tanto, de control social.

De otra naturaleza es el último artículo. Edgar Morin ha expresado, quizá mejor que cualquier otro intelectual, la necesidad de apoyo entre todas las disciplinas para comprender la complejidad de los procesos sociales. Los vínculos entre la antropología y la historia cultural

enriquecen el campo de la historia de la educación cuando ésta se entiende en un sentido amplio, que no se limita al ámbito escolar. Esta es la base para el análisis que Maria Betânia Barbosa Albuquerque realiza en torno a las prácticas educativas ligadas al consumo de una bebida alcohólica entre los indígenas del Brasil colonial, del siglo XVI al XVIII, a partir de fuentes generadas por viajeros y jesuitas. Los rituales ligados con la comida y la bebida marcan ciclos de vida fundamentales para la formación de identidades. En ellos se abren experiencias de comunicación y educación diferenciadas por género, en las que se transmiten técnicas y elementos importantes de la vida comunitaria, como la guerra, los funerales y la antropofagia.

En la sección de reseñas, Elsie Rockwell y María Elena Maruri nos ofrecen una valiosa sistematización de estadísticas que permite conocer las condiciones de la educación formal entre la restauración de la República y el inicio de la Revolución en México. Además de compartirla, analizan sus límites como fuente y contextualizan a su autor, Miguel E. Schulz. Finalmente, Verónica Arellano hace una detallada reseña del libro *Entre la esperanza de cambio y la continuidad de la vida. El espacio de las escuelas primarias nacionales en la Ciudad de México, 1891-1919*, de María Eugenia Chaoul Pereyra. Se trata de un libro pionero en el análisis de la formación y transformación de los espacios escolares dentro del paisaje urbano, a partir de la interacción de distintos actores involucrados en la orientación y administración de la escuela. El periodo que comprende se enfoca en la transición del proyecto modernizador de finales del siglo XIX a los años de revolución armada en la capital del país.

Con este número cerramos el primer impulso de la *Revista Mexicana de Historia de la Educación*, en la cual hemos buscado hacer honor a la diversidad de búsquedas y estrategias de los investigadores, jóvenes y experimentados, en el campo de la historia de la educación. Han estado presentes la historia cultural, social, económica e intelectual, así como la antropología histórica y la perspectiva de género, para el estudio de un gran abanico de temas educativos, escolares y extraescolares, desde el siglo XVI hasta el XXI, en México, América Latina y Europa. El tipo de fuentes y estrategias metodológicas que los autores han utilizado son muy variables. Por ello y por el creciente número de lectores de distintos países que ha tenido la RMHE, consideramos que ha contribuido a la difusión de la historia de la educación y a su fortalecimiento como campo de estudio, al plantear preguntas más acertadas en torno al pasado y afinar nuestra destreza para poder responderlas. Quizá las principales características de la revista sean la diversidad y la unión de historiadores de la educación, noveles y veteranos. Así parecieran indicar las distintas experiencias editoriales en la recopilación de José Luis Hernández Huerta, Antonella Cagnolati y Alfonso Diestro Fernández, (puede verse en: <<http://www.fahrenheit.com/fh/downloads/connecting-history-of-education-scientific-journals-as-international-tools-for-a-global-world/>>).

Los logros de la *Revista Mexicana de Historia de la Educación* han sido posibles gracias al gran esfuerzo de muchas personas talentosas y trabajadoras: los autores, quienes han confiado en nosotros, una amplia cartera de árbitros, un Consejo Editorial que nos ha respaldado, un Comité Editorial internacional, que ha trabajado con mucho ahínco y una sobrecargada mesa de redacción. Mis especiales reconocimientos a Luis Alberto Martínez López, Juan Alfonseca, Elsie Rockwell, Salvador Camacho y, sobre todo, a Mónica Chávez, Verónica Arellano y Ariadna Acevedo. El compromiso de la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación es fortalecer esta revista, que hoy cuenta con más elementos para formalizar su indexación y ampliar sus horizontes lingüísticos y geográficos. La revista es uno de los proyectos de la *Somehide* y, su principal riqueza, respaldo y futuro reside en cada uno de sus miembros.

Imposible fechar esta editorial en septiembre de 2015 sin mencionar que el día 26 se cumplió un año del asesinato de seis personas y la desaparición de 43 estudiantes normalistas rurales en Iguala, Guerrero. A ellos y a sus padres dedicamos la edición de este número. Como historiadores de la educación en México, una de nuestras responsabilidades es cuidar la memoria histórica. Ni la masacre de estudiantes de 1968 ni la desaparición de los 43 normalistas rurales, pueden ser olvidados.

Alicia Civera

México D.F., septiembre de 2015

